



## A LAS SIEMPREVIVAS

**S**ALVE, divinas flores,  
 Que ornais la más gallarda y linda frente,  
 Que el sol mira en su curso dilatado:  
 Salve, y gratas oid vuestros loores,  
 Que hoy esparce mi labio al puro ambiente.  
 Así jamás airado  
 Con vosotras el dueño idolatrado,  
 Que os escogió para su adorno bello,  
 Os separe del nítido cabello,  
 Do brillais gloriosas  
 Con pompa vuestra y con envidia mía,  
 Perpétuas venturosas,  
 Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante  
 Os puede ver sin anhelar ¡oh flores!  
 Que á vuestra duracion sea semejante  
 La de sus placidísimos amores?  
 Sí, hermosas siemprevivas,  
 No sujetas del tiempo á los rigores  
 Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas  
 Ostentais la beldad que os dió natura,  
 A la par de la rosa fresca y pura,  
 De lirios y fragantes azucenas,  
 Y del clavel ardiente,  
 Emulo de la llama refulgente,  
 Y de las otras flores variadas,  
 Que esmaltan los verjeles y enramadas;  
 Y tal vez todas con desden os miran,  
 Porque os negara Flora  
 El brillo y los balsámicos olores  
 De sus graciosas alas,  
 Y las risueñas galas,  
 Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah qué necio orgullo y ufanía!  
 Comparen su beldad fugaz y leve  
 Con vuestra eternidad; un plazo breve,  
 El del más corto y pasajero día,  
 Ve nacer y morir á las más de ellas;  
 Y las que acaso porque no tan bellas

Ni encantadoras son, tienen del cielo  
 Más larga vida y dilatado vuelo,  
 O del cierzo helador al silbo horrendo,  
 U al granizo tremendo  
 Y á las nieves esquivas,  
 Y á la aspereza del diciembre frio,  
 O á los áridos soplos del estío  
 Mueren al fin.—¿Y cuál, oh siemprevivas,  
 Por más amada que de Flora sea  
 Y más aroma y resplandor posea,  
 Conserva su matiz puro y lozano,  
 Si de su débil tallo el rudo viento  
 La separa violento,  
 O alguna dura y despiadada mano?  
 Sólo en vosotras tal poder se encierra  
 ¡Oh predilectas hijas de la tierra!

Naceis y no morís... ¡Ah! Mi ventura  
 Será eterna cual vos?—Vosotras sólo  
 Naceis y no morís. Por esto acaso  
 Mi Olimpia idolatrada  
 Para adornar su espléndida hermosura,  
 Que no se admira igual de polo á polo,  
 Os prefirió advertida;  
 Y os concedió su frente delicada  
 En guirnalda lucida  
 Placenteras ceñir; y os dió á su seno  
 De viva lumbre y de ternura lleno,  
 Donde os miro dichasas  
 Envidiables latir y arder. Decidme,  
 Decidme... ¿Mi ventura  
 Es tal, que sois emblema glorioso,  
 Emblema que mis dichas asegura,  
 De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor... Cual vos eterno  
 Jamás se apagará?... Divinas flores,  
 Flores encantadoras,  
 ¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,  
 Y no marchite el tiempo los amores,  
 Que son del alma mía,  
 El afán, el encanto y la alegría.

Madrid, 1820.



## A OLIMPIA

Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano  
 Mis ojos llenos de abundante lloro  
 Ansiosos en buscarte se fatigan,  
 Que no te ven. Mi labio balbuciente  
 Con alto acento sin cesar te nombra,  
 Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,  
 Y de un secreto impulso arrebatado,  
 Llego tal vez al sitio en que descuella  
 Tu soberbia mansion, y á las paredes,  
 Que tu ternura y mis delicias vieron,  
 Les pregunto por tí. Recorro en torno  
 Su recinto exterior, y al ver cerradas  
 Las altas puertas por do tantas veces  
 Entré ardiendo en amor, con pié turbado  
 A adorar tu beldad esclarecida;  
 Y al notar el silencio pavoroso  
 Que dentro reina, y al mirar las losas  
 De do arrancando la sonante rueda  
 Te alejó á mi cariño; el crudo llanto  
 Mi faz inunda y mi angustiado pecho.  
 Y mis trémulos miembros desfallecen,  
 Hielo mortal discurre por mis venas,  
 Y giro en derredor la vista, y solo  
 Me encuentro en ciega y espantosa noche,  
 Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio  
 Del numeroso pueblo, que estas calles  
 Y plazas llena, y afanoso ocupa  
 Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo  
 Al ausente amador? Silencio mudo  
 Que ni hiere su triste fantasía,  
 Ni despertarle logra del letargo  
 En que se encuentra el triste sumergido.  
 ¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbre  
 No gozo de tu vista encantadora?  
 ¡Cómo agradable su esplendor divino

Tomo I.

Era á mi corazón, cuando anhelaba  
 Que ardiera en el zenít, para dichoso  
 A tus plantas volar, mi amor pintarte,  
 Disfrutar tus caricias deliciosas,  
 Y ora á tu lado en las frondosas selvas  
 Ardoroso vagar, ó los liceos  
 Contigo recorrer, ó bien cobarde  
 Examinar tu espléndida belleza,  
 Y cual vive esculpida aquí en mi pecho,  
 Al lienzo trasladarla, el amor mismo  
 Grato mi mente y mi pincel guiando!  
 ¡Ay! á tu lado, en tu presencia hermosa,  
 Escuchando tu acento donde brilla  
 La gracia y discrecion, ¡cuán dulcemente  
 Se deslizaban horas apacibles  
 De gozo y de placer! Risueñas horas,  
 ¿Dónde os podré encontrar?... ¿Y dónde ¡oh cielos!  
 Aquel sabroso y celestial encanto,  
 Que por todas mis venas discurría  
 Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce  
 Palpitar de mi pecho, y de mi labio  
 La timidez cuando turbado, ardiente,  
*Te adoro*, en voz sumisa pronunciaba?...  
 ¿Dónde los juegos, dónde los halagos?  
 ¿Dó las riñas de amor, que pasajeras  
 Como las nubes del sediento estío,  
 Daban doble valor á las delicias,  
 Que en pos mi dicha sin igual colmaban?  
 ¡Oh momentos de encanto y de ventura!  
 ¿Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,  
 Momentos deliciosos, ¿acompaña  
 Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpia;  
 Y en tanto que en ligero y raudo curso  
 El campo corre, los collados pasa,  
 Cruza los ríos y de mí se aleja,

Vuestra memoria y la memoria mia  
Llenan su corazon, su pecho ocupan,  
Y atrás le hacen volver los ojos bellos  
Turbios de llanto, y anhelar que un poco  
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! Aún sonando  
En mi abatida mente está el gemido  
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse  
De mis amantes brazos... Blanca luna,  
Tú nos viste, tú sola compasiva  
En trance tan cruel, y en lloro amargo  
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.  
Tú escuchastes su amor y sus palabras,  
Y tú sus ardorosos juramentos;  
Y su divino labio nunca supo  
Engañar, ni fingir. Sí, tú nos viste  
Separarnos ¡oh Dios!... A pocas horas  
El destino feroz embravecido  
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella  
Todo mi bien y la ventura mia.  
Y en mi confuso y abismado seno  
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,  
Do la primera vez la viva lumbre  
De sus ojos gocé: si visteis gratas  
Nacer esta pasión pura y eterna  
En que me abrasso mísero; si afables  
Visteis mi ardiente amor recompensado,  
Y á mí felice, de mi hermoso dueño  
Al lado encantador, de lindas flores  
La frente orlada, y de festivo gozo  
Y de dulces placeres rodeado;  
Vedme ahora solo, y demudado y yerto  
Cual solitaria tórtola viuda,  
Que en lo repuesto de la oscura selva  
Llora su bien perdido, y mustia y sola  
En la alta rama donde fué su dicha,  
Su arrullo esparce y su gemido al viento,  
Al débil rayo de menguante luna.  
Ved trocados los plácidos cantares,  
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores  
Llorando ausente de mi Olimpia amada;  
E invocar congojoso y despechado,  
El agudo cuchillo de la muerte.

Mas ¿qué pronuncio? ¡Olimpia! ¿Dóme arrastra  
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo  
Acortar de mi vida la carrera,  
De una vida que tengo consagrada  
Solo á tu eterno amor: ¡ah! de una vida

Tuya, sí, toda tuya?... ¿Qué es la ausencia  
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,  
Cuando del dulce bien que el alma adora  
Vive en el corazon la hermosa imágen,  
Y á esperanzas dulcísimas se entrega  
El constante amator? La áspera frente  
Alza en medio del mar el firme escollo:  
Giran en derredor de su agria cima  
Las borrascosas apiñadas nubes  
Con horrisonos truenos retumbando,  
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias  
Y el rayo abrasador: á combatirlo  
Viene bramando el huracan sañudo,  
Mientras hinchadas las rugientes olas  
Embisten sus hondísimos cimientos:  
Y él inmutable y fuerte no vacila,  
Y permanece firme, levantando  
Hasta los cielos la desnuda cumbre,  
Y un siglo y otro siglo lo contempla  
Triunfador de las furias de Océano,  
Y de las sonoras tempestades.  
Tal mi pasión será; tal la firmeza  
De mi constante enamorado pecho,  
Formado sólo para amar á Olimpia.

En vano el tiempo, en vano la distancia,  
En vano los rigores de fortuna  
Mi amor combatirán: arderá eterno,  
Triunfando de la ausencia y del olvido.  
Sí, separado de mi Olimpia amada  
Invariable la amaré. Si al verme  
Léjos de su beldad lloro, mi llanto  
Me será de placer y de consuelo.  
Suspiraré, y el viento vagaroso  
Le llevará en sus alas mis suspiros.  
Y por magia de amor, por misteriosa  
Oculta simpatía á un mismo tiempo  
Tal vez nuestros amantes corazones  
Palparán: un pensamiento mismo  
Llenará nuestras mentes: un anhelo  
Arderá en nuestras almas, y los nudos  
Con que amor nos unió, ni el cielo santo  
Con todo su poder podrá romperlos.  
Así entre ardientes ilusiones gratas  
Y entre recuerdos, pasarán las horas  
De esta separacion; y en pos el día,  
El día ansiado brillará, en que afable  
El destino á mi Olimpia me devuelva.  
En sus ardientes deliciosos brazos  
Lograré el premio á la constancia mia,  
Tornaré á ser feliz... ¡Dulce esperanza!  
¡Esperanza que inunda el pecho mio

De encanto celestial!... Serás cumplida;  
Mi Olimpia lo juró. Girad ¡oh cielos!  
Girad apresurados, y traedme  
Tan grato porvenir. Y tú entretanto  
Quédate á Dios, oh cítara, que ufana  
Cantaste mis dulcísimos amores,  
Dando solaz á selvas y jardines  
Y agradando feliz al bien que adoro.  
Quédate á Dios pendiente de este lauro,  
Que no oso ausente requerir tus cuerdas.

Quédate á Dios, y si amoroso viento  
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada  
Blandamente repite. Y nadie osado  
Con mano impura á profanarte llegue.  
Que cuando vengan los risueños días  
En que torne mi bien á esta ribera,  
Otra vez grata me darás tus sonos,  
Para cantar felice y envidiable,  
Su constancia, y su amor, y mi ventura.

1820.

## A LA ADELFA

¿Qué flor de cuantas pinta,  
La primavera hermosa,  
Y en sus jardines placentera ofrece,  
Competir puede con la amable tinta,  
Que en tu sencillo cerco resplandece,  
Adelfa congojosa,  
Pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa  
El juvenil matiz, cuando el rocío  
Plácido borda su lozana frente;  
El fragante clavel ostente en vano,  
Orgulloso y ufano,  
La viva llama que su tez colora;  
Tu dulce y melancólica ternura  
Más vale que la espléndida hermosura,  
Que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría  
Inspiran sus colores  
Encanto delicioso;  
Tú, ¡oh reina de las flores!  
Que adornan el verano,  
Honda melancolía,  
Gérmen del sentimiento y la poesía,  
Das al que te contempla cuidadoso.  
Rosa y clavel con presuroso vuelo  
Nacen apenas cuando ven su muerte,  
Y larga vida á tí te dió la suerte,  
Por emblema tal vez del desconsuelo.

A tí te es dado hácia el sublime cielo  
Alzar la noble frente coronada,  
Del álamo pomposo  
Emula, que en la orilla fortunada  
Del gran Guadalquivir crece; tus hojas  
Imitan las del lauro generoso,  
Y á los rayos del sol no te acongojas,

Como le aviene al vulgo de las flores;  
Antes cuando su llama  
Por los tostados campos se derrama,  
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,  
Ni bañas con aroma delicioso  
Su espacio vagaroso,  
Eres gloria perpétua y ornamento  
Del suelo afortunado que engalanas;  
Y ni á las nieves canas  
Del invierno rugoso y aterido,  
Ni del cierzo al bramido  
El verdor de tus ramas se marchita,  
Ni tu tronco despojas  
De lisos tallos y de verdes hojas.

¡Oh bella flor, amable, delicada,  
Que suspendes mi mente y la enajenas  
Cuando vagando incierto,  
Con alma atormentada  
De infatigables penas,  
Te encuentro solitaria en el desierto!  
¡Oh linda flor, que encantas  
Mi ardiente fantasía,  
Cuando me llevan débiles mis plantas,  
Ya al despuntar, ya al trasponer del día,  
En busca de consuelo á los jardines!  
.....¡Ay!... al mirar ansioso  
Las breves alas de tu cerco hermoso,  
Que amor, no amor risueño y fortunado,  
Sino amor desdichado,  
Tiñe en lánguida púrpura apacible,  
¡Cuál palpita mi seno  
De amargura, de afán, de penas lleno!

Córdoba 1820.

## SONETO

ANTES DE PARTIR

Ojos divinos, cuya lumbre pura  
Mi pecho inflama, ilustra y esclarece,  
Semblante celestial donde florece  
La beldad, la inocencia y la dulzura,

Soberano conjunto y compostura,  
Que más que humano angélico parece,  
Lozana juventud, que resplandece,  
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripción y acerbo llanto  
Que á mí infeliz eterno me prepara  
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozara,  
De vuestro hechizo y delicioso encanto  
¡Cómo de la fortuna me burlára!

Gibraltar, 1823.

## EL DESTERRADO

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena  
Huyo infelice de la patria mia,  
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!  
Para nunca volver... Aspero suena  
El recio vendaval, y espira el día.

¿Y qué? ¿á la nueva luz ya no he de verte,  
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento  
Me arrebató violento,  
Y me aleja de tí. Ya no tus playas  
Consolarán mis ojos, que anhelantes  
Se perderán por las inmensas ondas...  
Aquellas son las altas atalayas  
De los Tartesios montes. No te escondas,  
¡Oh sol! deten, deten tu carro de oro,  
Detenlo por piedad, y no tu lumbre  
Tan presto robes á la adusta cumbre  
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí. — Salve alta cuna  
De libertad, esclarecida roca  
Do se estrelló la bélica fortuna

Del gran Napoleon: templo algun día  
De Pluto y de Citeres,  
Emporio de riquezas y placeres,  
Pompa y escudo de la patria mia:  
Salve mil veces. — Pero ¡cuán mudado  
Lo mira el mar que lo adoró postrado,  
Y cuán mudado yo!... Solo, desierto  
Descubro el ancho puerto,  
El fortísimo muro derruido,  
Y al vago viento ¡oh mengual! desparcido  
Pabellon extranjero en sus almenas  
De silencio y pobreza y luto llenas.  
¡Siglo de execración! Mas ¿son aquellos  
Apacibles collados  
Los campos encantados,  
Que de eterno verdor Flora entapiza,  
Y por do Bétis claro se desliza?...  
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:  
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,  
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!  
Tu vista temple mi destino crudo,  
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mia.

La excelsa, poderosa y régia frente  
Cifres de oliva y lauro: tu corriente  
De Turdetania espacia en las vegas;  
Doquier jardines deliciosos riegas.  
Por lo mejor del mundo se dilata  
Tu copioso raudal, y siempre el cielo  
En tus cristales puro se retrata,  
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,  
Tú que apacible mojas  
Y reverberas en remansos puros  
Los de Córdoba insigne antiguos muros!  
En ellos ví del sol la luz primera,  
En ellos apacible la fortuna  
De oro y marfil me adormeció en la cuna.  
¡Quién tan mudable entónces la creyera!  
Allí, inocente niño, en tus orillas  
Me viste recoger piedras pintadas,  
Caracoles y hermosas florecillas:  
Después, joven lozano, las pisadas  
De ferviente bridon grabé en tu arena,  
Recorriendo tus selvas encantadas.  
Mayor después, mi cítara escuchastes  
Cantando hazañas, ó llorando amores,  
Y tal vez de mi acento te prendastes,  
Y ceñiste mi sien de hiedra y flores.

¡Ay, en tu márgen bella  
Riqueza, amor, aplausos á porfía  
Gocé, cuando mi estrella  
Su adverso influjo pérfida escondía!  
Claro Guadalquivir: tú que me viste  
Anegado en placeres, ahora (advierde  
Lo instable de la suerte)  
Mírame pobre, desgraciado, triste,  
Errante, peregrino,  
Surcar el Ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera  
Aún habrá quien lamente mi infortunio,  
Compadeciendo mi desgracia fiera.  
Y acaso entre tus ondas  
Puede que algunas lágrimas escondas,  
Que habrá la amistad santa derramado,  
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No más, no más: mi corazón mezquino  
Se desgarró en mil ásperos tormentos  
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto  
Turba mis ojos... Pero ya ¿qué importa,

Si nada pueden ver? Indiferente  
El sol á mi anhelar y humilde ruego,  
Apagó ya su rutilante fuego  
En los remotos mares de occidente...  
Mas ¡ay! aún con placer hiere en mi oído  
El estruendo lejano de las olas,  
Que se estrellan con hórrido bramido  
En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!... tú me arrojas  
Con furor espantoso de tu seno,  
Premiando así mi amor. Yo con mi sangre  
Torné las mieses de tus campos rojas,  
Y saliqué con ella tu terreno,  
Tu independencia y gloria sustentando.  
Yo combatí constante contra el bando  
Del fanatismo bárbaro y sañudo;  
Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,  
Tu libertad preciosa defendiendo,  
Hacer temblar al despotismo horrendo.  
Plegue al destino que risueño un día  
Torne á brillar en que tu oprobio veas,  
Y libre y grande y venturosa seas,  
Mientras yo errante tu ignominia lloro,  
Y huyendo ¡ay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre  
Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!  
Y á arrastrar voy la mísera vida  
En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad, raudo viento,  
De tu soplo modera la saña,  
Que me aleja feroz de mi España,  
Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo ménos piadoso  
Mientras tienda la noche su velo,  
Hasta que ardan las nubes del cielo  
Con los rayos del próximo sol.

Pueda entónces tornar anheloso,  
Aunque sea en confuso horizonte,  
A mirar de mi patria algun monte,  
Aún á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,  
Y de esas playas de terror y espanto  
Aléjame piadoso, raudo viento.  
No las torne yo á ver. Ni sobre ellas  
Vuelva á lucir Títan. Lóbrego manto  
De noche atroz envuelva eternamente